

FILOSOFOS DE LA ANTIGUEDAD.



PLATON.

NUNCA ha sido tan necesario como en el día, volver la vista hácia los grandes hombres que en las antiguas sociedades cultas ocuparon los primeros lugares como filósofos, como sábios, como legisladores. El siglo actual, en medio de los adelantos materiales con que se envanece, corre desatentado mirando con un desden inmerecido, los estudios de aquella sublime filosofía moral, que hoy pudiera denominarse *social*, hablando al uso. Nosotros sin embargo creyendo que tales estudios constituyen una verdadera necesidad, como un antídoto de la tendencia material dominante que lo envenena todo, vamos á presentar una reseña tan con-

Tomo I.—NUEVA ÉPOCA—ENERO DE 1846.

cisa como concienzuda de la vida y de los escritos de los principales filósofos de la antigüedad; una y otros nos servirán de tipo para apreciar un estado de civilización todavía poco conocido y para modelar en lo posible las actuales tendencias de la época conforme á esos grandes fines morales que la Providencia parece haber señalado á las mas sublimes tareas del humano ingenio.

El ilustre Platon, á quien se le ha llamado el Homero de la filosofía, ese hombre inmortal ante cuyas obras temblaron llenos de emoción religiosa los sábios de Florencia, cuando á fines del siglo V les fué dado tocarlas por primera vez, es el que creemos que debe colocarse al frente de tan preciosa galería. Ni ¿cuál pudiera presidirlos á todos con mayor motivo? Para nosotros el nombre de Platon significa el pensamiento religioso con todos los

atavios de riqueza y de vida que el entusiasmo, el corazón y la imaginación pueden atribuirle.

Aunque la parte principal de la existencia de Platon se halla resumida en sus obras, hay en todo lo relativo á su persona un interés profundo, el que no puede dejar de inspirar la turquesa en que se han vaciado esas admirables concepciones, que aun despues de mas de dos mil años sirven de alimento á las grandes miras de elevados ingenios.

Hacia el año de 430, antes de Jesucristo, en un lugar inmediato á Atenas, llamado Collycto, nació el filósofo de que nos ocupamos. La antigüedad se ha complacido en cercar su cuna de leyendas poéticas: se ha dicho que Platon nació precisamente el día del aniversario del nacimiento de Apolo en Delfos; y algunos llevaban este supuesto hasta el punto de considerar á Apolo como su verdadero padre. Cuéntase que siendo todavía niño y hallándose durmiendo en la cuna, un grupo de abejas se acercó á depositar la miel sobre sus labios. Tambien se dice que el día de su nacimiento soñó Sócrates que un hermoso cisne se habia acogido á su seno, y que repentinamente desplegando sus alas las abrió y se elevó hácia los cielos, dejando oír un canto dulce y melodioso, y que mas tarde habiéndole presentado á Sócrates el niño reconoció en él el cisne de su sueño.

Todo induce á creer que Platon era hijo de una familia acomodada; su padre Ariston descendia de Codro, y su madre Perictyone contaba entre sus ascendientes á un hermano de Solon. Siguiendo la costumbre de los atenienses, Platon fué llamado Aristocles, que era el nombre de su abuelo: su educación fué la que se solia dar á los niños griegos de primera clase: estudió la gramática, la gimnástica, la pintura y la música; y si bien su ingenio se dió á conocer desde muy temprano, fué por el camino de la poesía, en el cual se distinguió desde luego componiendo poemas líricos y tragedias. Su adolescencia pertenece á Homero: su estilo es una prueba clara de lo muy empapado que se hallaba en las inspiraciones de su maestro, de tal modo que hasta en las mismas condenas que mas tarde pronunció contra Homero, se descubre á pesar suyo el sentimiento de amor que le profesaba.

Platon tenía veinte años cuando de las manos de Homero pasó á las de Sócrates. Entonces cambiaron de dirección sus ideas, y al sentir dentro de sí una voz penetrante que le marcaba el camino de su verdadera vocación, arrojó sus ensayos poéticos al fuego y consagró enteramente su vida á la filosofía. Con las lecciones de Sócrates aprendió á conocer la esencia del alma y su dignidad, empapándose en ese sentimiento enérgico de la bondad y de la belleza moral que respiran todas sus obras, y aprendiendo con la mayor perfección el arte del diálogo filosófico de que tan buenos modelos nos ha dejado. Hasta la muerte de Sócrates continuó siendo su discípulo. Durante el proceso, Platon se arrojó á la tribuna para defenderle; pero los jueces que estaban prevenidos en contra suya, se negaron á escucharle. Despues de la muerte del maestro, Platon se retiró á Atenas lleno de sentimiento, como todos los demas discípulos.

Una nueva época empezó entonces para nuestro filósofo:

no contento con los estudios hechos bajo la dirección de Sócrates, cuya enseñanza se habia reducido á la moral, comenzó una serie de viajes con el objeto de recojer de los primeros maestros de la Grecia y del Oriente las vastas y profundas lecciones que formaban entonces el dominio de la filosofía. Despues de haberse detenido algun tiempo en Mégara, donde Euclides le enseñó la dialéctica, pasó á visitar el Egipto, la Cyrené y la Grecia. En Egipto aprendió las doctrinas del sacerdocio en todo lo que estaba permitido á los griegos: bajo la dirección de Teodoro de Cyrene se perfeccionó en las matemáticas; y en Italia, adonde segun parece hizo muchos viajes, frecuentó el trato con los Pitagóricos, especialmente con Architas de Taranto y Ziméo de Lucres, que le iniciaron en las tradiciones secretas de la escuela.

Durante estas diversas peregrinaciones á la Grecia, avinole á Platon la idea de visitar la Sicilia. Todo cuanto se refiere á las varias épocas en que residió en Siracusa, y á sus relaciones con los dos Dionisios, es la parte mas circunstanciada de su biografía. Allí encontró al joven Dion, que á pesar de una vida llena de fausto y de comodidades, se hallaba dotado de un alma austera, y que debia ser mas adelante el restaurador de la libertad siracusana. No bien oyó hablar á Platon, se inflamó en amor á la virtud, y con la credulidad propia de sus pocos años, quiso ensayar los efectos de las palabras del filósofo en el ánimo del anciano Dionisio de tiránica memoria. La conferencia se entabló primero acerca de la justicia. Platon probó que solo el hombre justo es feliz, y que al contrario la condicion del malvado es la mas miserable del mundo. Irritado Dionisio con estas verdades tan amargas para su conciencia culpable, le preguntó bruscamente qué es lo que habia ido á buscar á Sicilia.—Un hombre de bien, contestó Platon.—¿Cómo, repuso admirado Dionisio! y no lo has encontrado aun?—Los amigos de Platon llenos de tristes presentimientos, le aconsejaron la huida; pero ya era tarde: por una traicion preparada de acuerdo con Dionisio, fué vendido el honrado filósofo como el mas vil esclavo, teniendo que rescatarle á buen precio sus amigos. Despues de la muerte del anciano Dionisio, volvió en dos diversas ocasiones Platon á Sicilia; pero en ambas se vió al fin víctima de las tramas de los aduladores del nuevo tirano.

Tales son en resumen los principales sucesos de la vida de Platon. Además, lo mismo que Sócrates y lo mismo que todo buen Ateniense, tomó parte nuestro filósofo en diversas campañas, entre otras en la de Tanagra. Contemporáneo de la decadencia política de Atenas, adversario por otra parte de la democracia Ateniense y de toda especie de democracia en general, no tomó parte alguna en los negocios públicos: mas aun concentrada su influencia en el seno de la academia, no dejó de estenderla á un inmenso círculo de distancia; fué el amigo y consejero de Arquelaos, Rey de Macedonia. Fué consultado por la ciudad de Siracusa en la época de reconstitucion que siguió á la caída del despotismo: tambien se dice, haberdado leyes á la república de Magnesia en Creta. Mandó sus discípulos Formion y Menedemo, el uno á la república de Elea, y el otro á la de Pirra para establecer sus

constituciones respectivas; y si negó igual servicio á los Cyreneos, á los Tebanos y á los Arcadios, fué solo por la razon de que los primeros amaban demasiado las riquezas y los otros se cuidaban muy poco de la igualdad.

Tanto por la belleza superior de la forma, como por la edad de Platon, pertenece al siglo de Pericles de Efidias y de Sofocles: tenia hermosa frente y en todo lo demas de su cuerpo se ostentaba la robustez y gallardia; los únicos defectos corporales que se le atribuyen son una gordura escensiva en el cuello y la voz un tanto delgada que contrastaba singularmente con la rica abundancia de su palabra: vivió en el celibatismo, no comia mas que una vez al dia ó cuando mas dos y siempre con la mayor sobriedad; jamás se le vió encolerizarse. Aunque dotado de un temperamento melancólico se notaba siempre en su semblante cierta gracia maravillosa y esa serenidad imperturbable, esa dulzura espontánea que brilla en todos sus diálogos. Censuraba la austeridad de Dion y de Geneocrates, recomendándoles que hiciesen algun sacrificio á las gracias. Solia mostrarse festivo, pero con mesura.

La filosofia de Platon encierra toda la sabiduria de la antigua Grecia. Ningun escritor pagano ha hablado tan dignamente como él de Dios, de la inmortalidad y de la virtud; hasta tal punto que muchos padres de la Iglesia no han podido creer que el filósofo griego pudiera haber profesado una doctrina tan santa y profunda sin una asistencia de la Divinidad, suponiendo por consiguiente que Platon fué un verdadero profeta de Cristo entre los gentiles.

Sentimos que este artículo se va haciendo demasiado largo bajo la grata impresion que nos produce el recuerdo de los escritos de Platon; y dejando por tanto las muchas reflexiones que nos ocurren al comparar su doctrina con la que mas tarde ha debido el mundo cristiano á una revelacion santa y sublime, reasumiremos en pocas palabras sus principales principios. Nélos aquí: elevar la razon á Dios: reconocer á Dios en todas las cosas y todas las cosas en él, porque Dios es la bondad infinita, la ra-

zon eterna de todas las cosas: consagrar el amor á Dios, amar á Dios en todo lo que es bello y todo lo que es bello por él, porque Dios es la belleza eterna é infinita, de la cual no son mas que un tibio reflejo las demas bellezas finitas y pasajeras.

En cuanto al fondo de esta filosofia no hay duda que sobre muchos puntos se han hecho grandes adelantos despues de Platon; pero si se considera el monumento en su conjunto y sobre todo en sus formas, ningun otro de cuantos se han elevado posteriormente puede compararse con él en modo alguno; no hay en los demas escritos filosóficos esa grandeza, esa armonía, esas bellas proporciones que distinguen las obras del filósofo griego.

Cuando Platon vino al mundo dominaba todavia entre los griegos la época llena de vigor y de juventud que indica la proximidad al punto supremo de la perfeccion en todos los ramos; así sus obras solo pueden compararse dignamente con las tragedias de Sofocles ó á las esculturas del Partenon; brilla en ellas esa amplitud espontánea, esa sencilla majestad, esa gracia vigorosa tan decaulada por los artistas.

Murió Platon hallándose ya en una edad avanzada el año 347 antes de la era cristiana. Fué enterrado en la academia, en ese teatro modesto de sus glorias. La piedad de sus discipulos y la admiracion de sus visitadores ha dejado un bello testimonio en los epitafios que cubren su sepulcro. Así de ninguna manera creemos terminar mejor este artículo que trascribiendo dos de los últimos, tomados al acaso.

Dice uno: «Bajo esta tierra se oculta el cuerpo de Platon; su alma bienaventurada está en el cielo. Todo hombre honrado debe un tributo de respeto á sus virtudes.»

Y otro mas moderno dice: «Águila, ¿no me dirás por qué vuelas sobre este sepulcro y á dónde vas, á qué regiones del empero? Yo soy el alma de Platon que sube al cielo, en tanto que su cuerpo queda guardado en el seno de Atenas.»

ESTUDIOS HIJIÉNICOS.

ARTICULO I.

El estudio de la higiene es una necesidad, tanto para los individuos, como para los gobiernos.

Raras veces se tratan cuestiones de higiene en los cuerpos y asambleas mas ilustradas y en las obras periódicas de medicina; y esto procede de que la ciencia hijiética está considerada como una especie de introduccion á las que tienen por objeto principal el conocimiento y la curacion de las enfermedades. Y sin embargo, la higiene merece un lugar de la mayor importancia. Pudiera llamarse la medicina vulgar, porque no hay nadie que deje de hacer algu-

na aplicacion de sus preceptos, ya para sí ó bien para su familia, en todas las circunstancias de la vida. Al decir que la higiene puede llamarse una especie de medicina vulgar, no queremos decir que sea una medicina fácil; muy lejos de eso. En la higiene se presentan cuestiones sumamente complicadas, pues abraza el estudio de todas las causas materiales y morales, que influyen de cerca ó desde lejos, débilmente ó con intensidad, sobre nuestra sensibilidad.

En una época no muy distante de la actual, en que las ciencias no habian hecho todavía grandes progresos y en que solo un cortísimo número de personas se dedicaba á su estudio, las dificultades eran mucho mayores; y no solo las ciencias químicas, físicas y fisiológicas se hallaban en este estado de atraso, sino que además del espeso velo que ocultaba á las inteligencias una série de problemas de la mas inmediata utilidad, habia otro non mas denso que se extendia sobre los libros destinados á la enseñanza de estas ciencias. No bastaban la mayor penetracion y una paciencia á toda prueba para sacar algunos principios provechosos de aquellos tratados especiales, escritos en un estilo tan confuso. Felizmente las cosas han cambiado en gran manera: la revolucion llevada á cabo en la esfera del saber humano, se ha extendido tambien al estilo de las obras. En el día se sabe expresar con claridad las ideas mas abstractas, se conoce el arte difícil de presentar ordenadamente las cuestiones mas complicadas y se ha llegado por último á conseguir que en los entendimientos menos predispueltos penetre fácilmente la enseñanza científica.

Esta y no otra es la razon por qué la higiene ha llegado á ser en cierto modo la ciencia de todo el mundo, y que no haya persona alguna de cierta instruccion que carezca de las nociones mas precisas sobre sus principales reglas y hasta sobre algunos de sus preceptos en particular. Pero como esta ciencia comprende innumerables objetos, á cual mas importantes para el comun de las personas, hay una verdadera necesidad de profundizar todo lo posible sus conocimientos, que ofrecen no pocas veces grandes atractivos y que siempre tienen una utilidad reconocida.

Cuando tanto interés se tiene en oponer una barrera á la invasion de las enfermedades, en conservar intactas y en que se desarrollen convenientemente las buenas condiciones fisiológicas de la organizacion, que este y no otro es el objeto de la higiene, ¿no nos será lícito preguntar á cual ciencia se dará un derecho mayor que á ella, para atraerse la atencion general, en una época en que la actividad intelectual necesita tanto de la salud del cuerpo, si ha de alcanzar los infinitos y variados objetos que en sus investigaciones se propone?

Pero la higiene tiene dos objetos: no solamente se ocupa del hombre como individuo, sino tambien de la sociedad como asociacion de hombres: la una se llama higiene privada, y la otra higiene pública. Esta última considera á una nacion ó á una ciudad como un ser único, á pesar de su multiplicidad, que tiene sus exigencias y sus necesidades, con arreglo á su naturaleza y al lugar en que se halla colocado. Las naciones no se parecen en efecto unas á otras. Los individuos que pertenecen á una se hacen notables por la rubia cabellera, el azul de los ojos y la blancura de la tez: y los que forman parte de otra se presentan por el contrario con sus cabellos negros como el azabache, y con los ojos y el color del cuerpo con tintas oscuras que guardan armonía con el negro matiz de los cabellos. Los primeros viven por lo comun bajo un cielo nublado y hacia las latitudes septentrionales; los segundos pueblan las regiones del mediodía, que en unas de la mitad del año estan inundadas de una luz y un calor vivificante.

Ahara bien: á estas diferencias tan notables, así en el

tipo de la organizacion como en las condiciones generales del clima, deben corresponder otras respectivas en las reglas y preceptos particulares de la higiene. Los medios de conservar la salud en el mediodía, no pueden ser iguales á los que se empleen para conseguir el mismo fin en las regiones del Norte.

Despues del clima que comprende muchos grados de latitud, y por consiguiente una superficie topográfica mas ó menos estensa, vienen los climas mas circunscritos y á los cuales pudiéramos denominar secundarios. Así es que diferencia tan considerable no se advierte entre los países cubiertos de arbolado y los países abiertos á la circulacion aérea y á la irrupcion constante de los vientos! Las enfermedades que reinan en estas diversas localidades determinan en cierto modo la clase de leyes higienicas que á sus moradores conviene poner en práctica para conservarse sanos y robustos. Nada es mas notable, pasando de una circunscripcion topográfica á una circunscripcion menor, que las diferencias que existen entre los habitantes de las montañas y los que viven en medio de llanuras. Los primeros estan dotados de una fuerza extraordinaria, de un temperamento sanguíneo, de pecho anchuroso y musculatura desenvuelta, de una agilidad maravillosa y de una actividad, cuyo tipo mas exacto es el que caracteriza á los vascongados, intrépidos montañeses de las faldas del Pirineo. Los segundos constituyen por el contrario una especie enteramente opuesta al temperamento montañés, sobre todo si la llanura está regada por corrientes de agua mas ó menos considerables. Efectivamente, cuando el aire vital que tan libremente circula en los lugares elevados presentando una pureza tan poco comun en el que se recoge al nivel de las llanuras, cuando este aire, repetimos, falta á los pulmones, la consecuencia necesaria es el decaimiento del color, el menor desarrollo de las fuerzas, y por último, un temperamento general que se inclina mas bien á la degradacion linfática que á la complexion sanguínea propia de los fuertes y de los atletas.

Estas diferencias, ó mas bien estas oposiciones, indican evidentemente reglas especiales para que la organizacion humana se equilibre con las diversas causas que tienden á perturbar su armonía. Así los habitantes de las montañas, espuestos con especialidad á esas terribles afecciones inflamatorias que acaban con el hombre mas fuerte en algunos dias y aun á veces en algunas horas, deben evitar con el mayor cuidado todo cuanto pudiera producir en ellos excitaciones demasiado fuertes: hé aquí el punto de partida de su conducta higiénica.

En cuanto á los habitantes de las llanuras ó de los lugares húmedos y pantanosos, la higiene exige que procuren conseguir precisamente lo que los otros deben evitar: en vez de disminuir sus fuerzas y de contenerlas para que no traspasen el límite normal, es útil y hasta necesario que por medio del ejercicio, de la gimnástica y de otros varios recursos que la ciencia dá á conocer, salgan de esa especie de letargo y de entorpecimiento que pesa sobre su existencia: de otro modo el equilibrio se altera y la enfermedad encuentra siempre camino franco para sus invasiones.

De estas observaciones se deduce que nada es tan variable como la aplicación de las leyes de la higiene. Si el objeto á que se halla consagrada esta ciencia no sufriese la menor alteración á pesar de la influencia de todas las causas tanto físicas como morales que tienden á modificarle, la aplicación de dichas leyes sería fácil y uniforme, y lo que es mas aun, jamás dejaría de conseguir su fin. Pero cuán lejos está de suceder así! Todo varia segun

los lugares; primero el hombre y en seguida los objetos que le rodean: así es que la higiene para llenar bien sus fines, no puede menos de reunir consejos ilustrados y pronto remedios contra las influencias tan variadas y á veces tan molestas, que son el resultado de esta variedad de climas y de organizaciones, aun considerándolas bajo el punto de vista más general y elevado.

RECUERDOS HISTORICOS.

UN DUELO EN TIEMPO DE LA LIGA.

I.

El viernes 4 de enero de 1613, un número considerable de cortesanos, de lo mas escogido entre la juventud, estaba reunido de resultas de una cita, en uno de aquellos recintos misteriosos, que todo el que aspiraba en aquella época al epíteto de elegante, se veía obligado á frecuentar. La moda y el buen tono hacían entonces obligatoria la *casita del Arrabal*, del mismo modo que en nuestros días hacen del *Hotel* y de la *Casa de campo* el complemento indispensable de la riqueza y de la aristocracia. El templo á que aludimos había sido construido por el Duque de Epernon, que había reunido en él cuanto la pintura y la escultura habían podido producir en Roma, que mas armonizara con los fantásticos ensueños de la ardiente imaginación de su poseedor. Aquel día el Príncipe había citado la alegre comparsa de amigos, á fin de celebrar en un opíparo banquete el regreso del Duque de Guisa, á quien la Reina Madre acababa de separar de su mando de la Provenza.

El Duque de Epernon, aunque partidario apasionado de los placeres, no olvidaba jamás su papel de Príncipe y de cortesano, y el festín con que obsequiaba al Duque de Guisa, sencillamente destinado, en apariencia, al placer de vaciar algunas copas de champaña y descorchar sendas botellas del esquisito jugo de sus viñedos de Borgoña; tenía un fin de mayor interés. Muchos años hacia que la corte miraba con recelo el poder, siempre creciente, de la casa de Lorena; y ya en tiempo de Enrique III se habían puesto en juego todos los resortes con objeto de dividir aquella familia ambiciosa, y separar de ella los numerosos partidarios que la sostenían.

El padre del Duque de Guisa, á quien se festejaba en aquel día, apellidado el Balafré (acuchillado), al que la Liga llamaba su César, y que murió como César, había sido víctima de las violentas convulsiones de aquella lucha entre súbdito y monarca; y en tiempo de Luis XIII se trataba de nuevo de enfrenar la ambición insaciable de sus descendientes.

María de Médicis, Reina astuta que todo lo podía (cuando Concini y el Parlamento querían), había dado al Duque de Epernon el encargo de captarse la voluntad del Duque de Guisa, acercándolo lo posible á sus enemigos, al mis-

mo tiempo que lo separaba de los partidarios de la familia de Lorena, cuyo valor y consejos podían serle útiles en la ocasión. Se trataba sobre todo de restablecer en el buen concepto del Duque á un hombre, que por salvar á su tío, el arzobispo de Lyon, comprometido en el arresto del Cardenal de Blois, había descubierto en otro tiempo todos los planes de la Liga. Este hombre era el baron de Lux, cortesano decidido y servidor humilde. Siempre dispuesto á adular la voluntad régia, hubiera comprado con una cabeza ó con una puñalada, la aprobación majestuosa de la Regenta ó la sonrisa infantil de Luis XII, el cual, gracias á la política florentina de Concini, solo tenía entonces sobre el trono una corona sin poder y un cetro sin mando. Algunos aseguraban que el baron de Lux era uno de los *cuarenta y cinco*, á quienes Enrique III había dado la comisión de asesinar al Balafré.

Cuando el Duque de Guisa entró en la sala de recibimiento, seguido de su hermano el Caballero, salió á recibirle el Duque de Epernon, y tomándole las manos le dijo alegremente:

—¡Por mi vida! bello primo, que llegáis muy á propósito. Mi cocinero Barré trataba de arrojarse al Sena por las ventanas de su cocina desesperado con vuestra tardanza, que compromete extraordinariamente la dorada cubierta de cierto javalí, muerto en nuestros bosques de Seulis, y que en este momento espía en el asador las cuatro leguas que ha hecho correr á nuestros valientes corceles de Limoges. Bien venido seáis pues, vos y el gentil caballero, que por cierto ha crecido bastante desde su viaje á Provenza. Vamos; á la mesa, señores; y vivan Dios, el Rey y el javalí.

El festín siguió bajo este pie, y en verdad que con convidados como el señor de Roquelaure, el Marqués de Lesdiguières, el caballero de Griñan y La Châtre era difícil que el Duque de Epernon no llenara debidamente esta clase de jornadas. Barré se había escedido en el servicio, de modo que el banquete presentaba un lujo verdaderamente régio. Sin embargo, la orgía no llegaba con la prontitud que deseaba el noble dueño; convencido este que el vino pone al hombre de manifiesto, había fundado grandes esperanzas en el abandono del Duque, cu-

ya política, algo menos reservada á los postres, se proponía explorar. Queriendo dar el último golpe á la alegría de sus huéspedes, bastante exaltados ya con las repetidas libaciones y alegres dichos de Roquelaure, hizo seña á un paje, el cual colocó delante de cada señor una copa magníficamente cincelada y adornada de pedrería y relieves. La admiración fué general al ver este nuevo adorno, á lo que el Duque de Epernon contestó:

—¡Por Santiago! á tal amo, tal palacio... Es necesario que aposentemos dignamente el vino que vamos á beber á la salud de nuestro bello primo de Guisa. Señores, añadió

enseñando una botella cubierta de esa capa mohosa de antigüedad, tan apreciada de los conocedores; es un regalo de S. M. el Rey de España; es vino legítimo de Castilla, traído cuando la paz de Sommerset, á S. M. Enrique IV (que Dios tenga en su gloria) por el buen Condestable Zamet. Ya saben VV. su fecha, con que así bebamos á la salud de nuestro primo y á su pingüe renta.

Todos se levantaron en tropel; las copas se chocaron con violencia, y los convidados, arrastrados por el ejemplo del dueño, se precipitaron unos contra otros. Varias de aquellas copas preciosas, que según crónica de la épo-



ca, costaron más de mil libras cada una, sufrieron serias averías con los choques repetidos de aquel desalinado brindis.

De repente, y al tiempo en que el Duque de Guisa acercaba su vaso al de un señor colocado al extremo de la mesa, una mano le detuvo por la manga de su justillo de terciopelo azul de Ultramar, y una voz le dijo:

—¡Alto ahí, hermano Duque!.. Ese hombre es el baron de Lux, en su copa hay sangre; y esa sangre es la de nuestro padre, asesinado por él.

—¿Quién habla de asesinatos? dijo el Duque de Epernon acercándose al grupo.

—Yo, exclamó el caballero de Guisa, yo, que le decía á mi hermano, y ahora lo repito en alta voz, que el ba-

ron de Lux, que está ahí delante, ha manchado su escudo con la sangre de nuestro padre, y yo tengo por cobarde y felon al que mata en las tinieblas, sin conceder á su rival su parte de campo y de sol.

Todos callaron...

—Cobarde y felon; ¿lo oís? repitió el caballero.

—Señor, tartamudeó el baron de Lux, monseñor vuestro padre, cuya gloriosa memoria honro, murió por la voluntad del Rey Enrique... Yo, débil y miserable en nada intervine.

Y, ya fuera efecto del vino, ó tal vez de miedo, bamboleó y le fué preciso apoyarse contra la mesa.

—No es posible encontrar mayor debilidad, dijo Roquelaure, soltando la carcajada y muy satisfecho de poder

ingerir alguna broma en aquella escena, que iba tomando un carácter demasiado dramático.

Mientras los convidados sobrecogidos con tan brusco ataque, consultaban con la vista el efecto que había producido en el dueño de la casa, el baron de Lux salió precipitadamente...

Diez minutos después dos coches se cruzaron en la esquina de la calle de Grenelle: el uno hizo alto y saltando fuera el caballero de Guisa, se dirigió al otro, mandó parar al cochero, y abriendo la portezuela:

—Baron de Lux, dijo, tengo que hablaros una palabra. Le cogió del brazo, le separó algunos pasos y echando mano á la espada exclamó:

—En guardia y fuera contestaciones.

Retrocediendo en seguida, para dar terreno á su adversario, que había desenvainado, se arrojó sobre él y á los pocos quites le atravesó el corazón, sosteniendo el cadáver en la punta de la espada, hasta que sus criados acudieron á recogerle.

—¡Un sacerdote!, ¡un médico!... gritó el cochero.

—Ni el uno ni el otro servirán de nada, contestó el caballero volviendo á subir á su carruaje; basta con el enterrador.

Esto sucedía á las cuatro de la tarde en una de las calles mas concurridas de la época.

II.

La Reina concluía de cenar, cuando el Marqués de Ancre, su favorito, introdujo al hijo del baron de Lux: entró en la sala con precipitación, y arrojándose á los pies de S. M., le pidió, anegado en llanto, justicia por la muerte de su padre. María de Médicis, que no necesitaba nuevas quejas para desear la ruina ó la humillacion de los de Guisa, le prometió una ruidosa venganza, y por de pronto dió al desconsolado hijo los empleos, pensiones y estados de su padre; luego volviéndose hácia la Princesa de Conti y la viuda de Guisa que asistían á la cena, les dijo:

—Ved otra nueva hazaña de vuestra familia.

—Señora, contestó con orgullo la viuda: cuando mi hijo vió la luz del día, alcé las manos al cielo, rogando al Todopoderoso que le concediera la dicha de veogar la muerte de su padre, y si yo hubiese nacido hombre, hace veinte años que hubiera tenido esa satisfaccion.

—Bien, dijo la Reina retirándose, juzgaremos.

—Lorena no teme, y Borbon no lo ignora, repuso la viuda alzando la cabeza.

En aquella familia todos eran de hierro, hombres y mugeres; ninguno cedía, y la Reina que lo sabía demasiado, empleó en esta ocasion la politica contemporizadora y doble de su ministro italiano. Indudablemente acertó, porque á no haberse retirado de la sala del festin, su carácter de Regenta no la hubiera librado de alguna brusca contestacion de parte de la orgullosa Duquesa, que decia que su corona ducal era de oro tan puro, como la que brillaba sobre las armas reales de Francia.

El partido de los de Guisa era entonces poderoso, tanto mas, cuanto que el Parlamento, que siempre se hallaba en pugna con el trono, se valia de cuantos medios podia para oponerse á la autoridad de Concini, que gobernaba

por conducto de la Reina madre: por esta razon, y no obstante el deseo marcado de la corte, se vió precisado al cabo de cuatro dias á pronunciar un fallo, por el cual absolvía al caballero de Guisa de toda culpabilidad, en razon á que el Principe había honrado sobradamente á un simple caballero, cruzando su espada con él. Este era el texto literal de la sentencia, que la Fontaine copió sin duda posteriormente en una de sus mejores fábulas:

Vous leur faisez, seigneur,

En les croquant, beaucoup d'honneur!...

Este golpe fué tremendo para la Reina, pero su consejo le hizo ver que era necesario el disimulo, puesto que el momento de obrar á descubierto no había llegado aun.

Tres meses después, hallándose el caballero de Guisa en la cama, su ayuda de cámara entró al amanecer, y le despertó para entregarle una esquila que el dador que esperaba la contestacion dijo ser muy urgente.

Alguna esquila de mager, dijo bostezando el caballero, veamos.

«Monseñor.

«Nadie se halla en el caso de apreciar mejor que vos mi justo dolor: os ruego por lo tanto que perdoneis mi resentimiento y deseo me deis una satisfaccion por la muerte de mi padre, haciéndome el honor de cruzar vuestra espada con la mia. El aprecio en que tengo vuestro valor, me asegura de que no hareis valer vuestra calidad de Principe para rehusar lo que os impone el honor. «El portador de este billete os conducirá al sitio en donde os esperó con un caballo y dos buenas espadas, de que vos queda la eleccion: si no lo estimais oportuno así, irá adonde me mandeis.

«BARON DE LUX.»

—Por vida de... exclamó el jóven caballero, saltando de la cama, que no contaba hoy con tan buena suerte!... Id á despertar al caballero Griñan y que nos prepare los caballos.

Pasados algunos minutos Griñan, que dormía en una habitacion inmediata á la de Guisa, entró diciendo:

—¡Reniego de los demonios! ¿qué mosca os ha picado, caballero, para hacernos levantar á las cuatro de la mañana cuando el rubio Febo está aun en la cama?... ¿Es cita amorosa ó de caza?...

—Los caballos de monseñor estan prontos, dijo un lacayo.

—¡Ah! gritó Griñan; viva Diana, vivan Diana y san Huberto; ¿con que vamos á correr el ciervo en los hosques de Meadon?

—¿Teneis vuestra espada de combate? le preguntó el de Guisa.

—Basta, repuso el alegre caballero; ¿caza de honor tenemos? seré vuestro segundo: voy á buscar mi mejor hoja.

En breves instantes volvió, y enseñando su espada y sacudiendo alegremente su hoja de damasco, dijo:

—Bendita por el mismísimo Papa en persona.

Cuando el de Guisa y su padrino llegaron al pie de la escalera encontraron á un caballero montado que los esperaba. Era Riollet, padrino del baron de Lux, que debía conducirlos al sitio designado, y el cual observó, que

seria prudente que Monseñor se apresurara, porque de lo contrario el día se acercaba y el arrabal de san Antonio estaría muy concurrido y por lo tanto hallarian obstáculos en su marcha.

—¡Obstáculos! exclamó el de Guisa: os juro que mataré á todo el que me los oponga. ¿A dónde vamos?

—Al lugar de Charone, Monseñor. (Charone era el bosque de Boloña de aquellos tiempos: allí se decidían todos los casos de honor.)

Los tres campeones partieron á galope.

—Hermoso tiempo para la acción, decía Griñan seplándose los dedos: el frío era vivísimo y la nieve caía á grandes copos.

Cuando los tres, que iban á escape, llegaron al extremo de la calle de San Antonio, un borrieco cargado de legumbres, que pacíficamente se dirigía al mercado, se los puso delante en medio de la calle: el caballero de Guisa tiró de la espada y sin acortar el paso atravesó de parte á parte al pobre animal, que cayó muerto en medio de las imprecaciones de su amo, que vió desaparecer á lo lejos al matador de su desventurado compañero. Griñan lloraba de risa y decía, que solo á Monseñor le era permitido batiarse con toda clase de adversarios, sin temor de comprometerse.

A corta distancia de Charone encontraron al baron de Lux que les esperaba, montado en un caballo árabe. Se saludaron recíprocamente, se quitaron las capas y metiendo espuela á sus *bridades*, se cruzaron, dieron media vuelta y se lanzaron uno contra otro á galope y espada en mano. Al primer pase, el baron recibió una estocada en el bajo-ventre, pero volvió á la carga y dió una terrible al caballero, que atravesó el guante, resbaló por la

empuñadura y penetró en el brazo. ¡Pasaron y volvieron á pasar así *catorce veces!* y á cada pase hubo herida. El baron recibió siete estocadas mortales; el caballero de Guisa, tres en la silla de su caballo, una en el brazo, una en la mano, y otra que le rasgó la camisa y le hizo un arañazo en el pecho.

Segun las reglas del duelo de aquellos tiempos, Griñan y Riollet habian llegado á las manos, y el caballo del primero, habiéndose encabritado, de resultas de un pinchazo en la frente, Riollet hundió la espada en el vientre de su contrario que cayó sobre la nieve. Furioso de Guisa al ver la derrota de su padrino, se precipitó sobre el baron y le remató de una estocada en el pecho: envainando en seguida tranquilamente y volviéndose á Riollet, le dijo.

—¿Teneis alguno mas de esos de Lux?... En caso, ya sabéis donde vivo: lo único que os ruego es que no vayais tan temprano en adelante, y sobre todo, si es posible, cuando no haya tanta nieve, porque cansa mucho los caballos.

¿Y la Reina?... La Reina se compadeció de los dos barones de Lux, pero alabó la *franqueza y generosidad* del caballero de Guisa, que mandó visitar para informarse del estado de su herida en el brazo... Este fué el dictámen de Concini.

El de Guisa se hizo muy de moda, porque las bellas de la corte decían que era asombroso para un caballero tan jóven y tan gentil, el haber muerto en duelo, en un mismo mes y con una misma espada, al padre y al hijo. En cuanto á lo del asno, todos vituperaron la conducta del jóven atolondrado, por haber muerto á un inocente, cuya vida pudo haber salvado con un ligero movimiento de la brida.

REVISTA DE LA SEMANA.

En la noche del 5 del actual se instaló en la cámara del Sermo, Sr. Infante D. Francisco de Paula Antonio la academia real de música y declamación. Nada diremos de este acto, que como todos los de su clase, se redujo al discurso de cajón, con pretensiones de informe: mas en cuanto al porvenir de esta academia, nos complacemos en fundar esperanzas, recordando que en manos del gobierno está una espusición de sus individuos, en la cual se pide la cesion del teatro de Oriente, y que á este puede darle la humorada de condescender, tanto mas, cuanto que la academia se ofrece á costear los gastos que se originen hasta la conclusion de la obra, y á pagar despues un tanto anual por su alquiler.

Mr. Emile Prudent, el famoso pianista que tan extraordinaria aceptación ha tenido en las principales capitales de Europa, no hace en la de España todo el furor que muchos habian creído, y es preciso confesar que en este punto ha quedado mucho mas bajo que el romántico List, si bien en cuanto á su escuela sea tal vez preferible para los que no entendemos profundamente ciertos arrebatos musicales, que forman, por decirlo así, la metafísica de la armonía.

De todos modos, cuando Mr. Prudent se anuncia para la Cruz, las localidades no se ven vacías, y los periódicos no dejan de cacarear los primores de sus artísticas manos y la fecundidad de su imaginación.

Entretanto continúa ese espíritu de noble emulacion entre los escritores de obras dramáticas, que nosotros

apreciamos en gran manera, considerándole como una muestra de vida y una garantía para el porvenir de nuestro teatro nacional y de nuestra bella literatura. El señor Cañete está disponiendo para el beneficio de la señora Llorente un drama histórico titulado *Los Jesuitas*: hemos leído algunas escenas que nos han parecido de sobresaliente efecto, y si el resto corresponde á aquellos, tanto en el bien formado artificio, como en la versificación fluida y en la pintura de las costumbres propias de la época; le vaticinamos muy buena acogida. La escena está colocada en el reinado de Carlos III, y el suceso está entlazado con la caída de esa famosa compañía, que en todo ha sido grande, hasta en los recuerdos que nos ha dejado. Recuerdos que tienen en el día una especie de voga, exagerada tal vez, pero no inmerecida. ¡Tan cierto es, que lo que es verdaderamente grande nunca muere!

Háblase mucho del establecimiento de una nueva sociedad en la cual solo tendrán entrada los jóvenes de mérito y de esperanzas. No será literaria, ni artística, tendrá algo de las dos cosas; en ella no se atenderá para nada á opiniones, ni á partidos políticos. Cuando nos sean conocidas sus bases y el nombre bajo que haya de instalarse, diremos mas acerca de ella. Por hoy nos contentaremos con decir que el pensamiento nos parece útil. Todo lo que sea acercarse y poner en consonancia recursos y fuerzas divergentes, es siempre un progreso; mucho mayor cuando son jóvenes los que se congregan.